

na que no fuese del dictámen del capitan cuando me vió en su navio, contestando uniformemente en que habia perdido el juicio. Refiero todas estas menudencias para hacer ver el poder del hábito y de la preocupacion.

En breve tiempo me acostumbé á mi mujer, familia y amigos. Mi mujer protestaba que no volveria jamás á embarcarme; pero mi mal destino lo dispuso de otra suerte, como podrá ver el lector en la continuacion. Entretanto, pongo aquí fin á la segunda parte de mis desgraciados viajes.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

VIAJES DE GULLIVER.

TERCERA PARTE.

VIAJE Á LAPUTA, Á LOS BALNIBARBAS, Á LUGGNAGG, Á
GLUBBDUBDRIB Y AL JAPON.

CAPITULO PRIMERO.

El autor emprende un tercer viaje. Da en manos de piratas.
Malignidad de un holandés. Llega á Laputa.

Haria unos diez dias, poco más ó menos, que estaba en mi casa, cuando vino á visitarme el capitan Guillermo Robinson, de la provincia de Cornualles, capitan de *La Buena Esperanza*, navio de trescientas toneladas, con quien ya habia navegado de cirujano de otro navio mandado por el mismo en un viaje á Levante, y habia experimentado siempre muy buen tratamiento. Noticioso de mi arribo venia á darme el parabien, con cuya ocasion me preguntó si me habia fijado ya en mi casa para siempre, añadiendo que él meditaba un viaje á las Indias Orien-

tales, que contaba partir dentro de dos meses, y que si queria darle el gusto de acompañarle con el mismo empleo, llevaria otro cirujano y dos practicantes que me ayudasen, y me daria además paga doble, pues teniendo experiencia de que mi conocimiento en la navegacion igualaba al suyo cuando menos, confiaba valerse de mi auxilio como si llevára un segundo capitán. En fin, se me mostró tan oficioso y atento, que yo, obligado de su cortesania, me dejé persuadir; bien es verdad que, á pesar de mis pasadas desdichas, creo que jamás me habia visto con una pasion tan fuerte á viajar. La única dificultad que se presentaba era el consentimiento de mi mujer, que por último pude obtener sin demasiado trabajo, porque no queria privar á sus hijos del provecho que podia resultarles.

Nos hicimos á la vela el 5 de agosto de 1706, y llegamos al fuerte de San Jorge el 1.º de abril de 1707, á donde descansamos tres semanas para recuperar nuestra tripulacion, que la mayor parte iba enferma. De allí continuamos para Tonquin, donde pasamos tambien algun tiempo, porque nuestro capitán deseaba surtirse de algunas mercaderias que no podian acopiarse en pocos meses. Para subvenir en

algun modo á los gastos de esta larga detencion, compró un barco cargado de diferentes géneros, con que los tunquineses hacen su ordinario comercio en las islas vecinas, y poniendo en él cuarenta hombres, incluso tres del país, me hizo su patron con licencia por dos meses mientras él evacuaba sus negocios en Tonquin.

Aun no hacia tres dias que estábamos sobre el mar cuando se levantó una borrasca tan fuerte que en cinco dias no cesó de impeler la embarcacion hácia el Nordeste, y en seguida al Este. El temporal calmó alguna cosa, pero el viento Oeste soplabá siempre con bastante fuerza. Siete dias despues, habiéndonos dado caza dos piratas, no tardaron en cogernos, pues el barco iba tan cargado que no pudo huir, ni nos fué posible hacer la maniobra necesaria para defendernos.

Los dos piratas vinieron á bordo, y entrando en nuestro barco á la cabeza de su gente nos encontraron echados boca abajo todos como yo habia mandado, en cuyas circunstancias se contentaron con atarnos, y poniéndonos una guardia empezaron á registrar todo el barco.

Advertí entre ellos un holandés que parecia

tener alguna autoridad, aunque no se le veía mandar, y conociendo en nuestro modo que éramos ingleses nos dijo en su lengua que iban á atarnos á todos espalda con espalda para arrojarnos al mar. Yo, que hablaba medianamente el holandés, le declaré entonces quienes éramos, y le rogné en consideracion al nombre comun de cristianos, y de cristianos reformados, de vecinos y aliados que intercediese por nosotros con el capitan; pero mi súplica solo sirvió de irritarle más para que redoblase sus amenazas, y volviéndose hácia sus compañeros les habló en lengua japonesa repitiendo frecuentemente el nombre de cristianos.

El comandante del principal navio que llevaban era un capitan japonés que hablaba algo de holandés, el cual se llegó á mí, y despues de varias preguntas, á que satisfacé con mucha humildad, me aseguró que no nos quitarían la vida. Correspondí á su insinuacion con una gran cortesía, y dirigiéndome luego á los holandeses les dije que extrañaba mucho hallar más humanidad en un idólatra que en un cristiano, reconvencion que me pesó bien pronto, pues aquel pícaro malvado, no habiendo podido sacar fruto de sus persuasiones con los dos capitanes á que me arrojasen al mar (que

no quisieron concederle por no faltar á su palabra), logró por último que me diesen un castigo más cruel que la misma muerte. Este fué, despues de haber repartido toda mi gente en sus dos navios, abandonarme á las olas en una pequeña canoa de dos remos y una vela con provision para cuatro dias; gracias al capitan japonés que la duplicó de la suya propia, y no permitió que me registrasen. Al fin entré en mi canoa mientras aquel bárbaro holandés desde lo alto del puente no cesaba de colmarme de cuantas injurias y maldiciones podia dictarle su malignidad.

Como una hora antes que descubriésemos los dos piratas, yo habia tomado altura y hallé que estábamos á cuarenta y seis grados de latitud meridional, y ciento ochenta y tres de longitud. A poco tiempo de habernos separado descubrí con un anteojo diferentes islas al Sudoeste, y gustándome el viento hice velas con la idea de abordar á la más próxima de ellas, que no me costó poco trabajo al cabo de tres horas, cuando me hallé en una roca donde solo encontré muchos huevos de pájaro. Encendi fuego, y arrimando algunas matas y juncos marinos pude cocerlos, que fué toda mi comida aquella tarde, por reservar mis provisiones en

cuanto tuviese arbitrio, y haciendo la cama tambien con matas pasé toda la noche sobre aquella roca, y no dormí muy mal.

El día siguiente hice velas hácia la isla inmediata, y desde ella á otra hasta tocar en la cuarta, sirviéndome alguna vez de los remos; y para no molestar al lector diré, por último, que al cabo de cinco días toqué en la última de aquellas islas que habia descubierto, la cual estaba al Sud Sudoeste de la primera.

Su distancia me habia engañado, pues tardé hasta cinco horas en llegar á ella. La dí una vuelta casi entera primero que encontré paraje donde poder abordar, y habiendo tomado tierra en una pequeña bahía que seria de anchura como tres veces mi canoa, me ví en otra roca como la primera, á excepcion de algun tal cual sitio reducido donde crecian céspedes y otras yerbas muy olorosas. Eché mano á mi provision, y despues de haberme reparado en parte, guardé lo restante en una cueva, de que abundaba la isla, dedicándome en seguida á recoger huevos sobre la roca, y arrancar juncos y yerba seca para cocerlos el día siguiente, pues siempre llevaba conmigo eslabon, yesca y un espejo ustorio: y sirviéndome entre tanto de cama estos mismos combustibles, pasé la noche

en aquella cueva que habia destinado para descansar. Pero mi inquietud, que era mayor que el cansancio, me ahuyentaba el sueño, considerando como imposible el subsistir en un lugar tan miserable donde á cada instante se me representaba mi desdichado fin. Estas reflexiones me tenian tan abatido que aun para levantarme me faltaba el valor; de suerte que el sol iba ya muy adelantado y yo no habia salido de mi cueva, donde por lo fuerte de la estacion y serenidad del tiempo me abrasaba tanto que me obligaba á volver la cara.

En esta postura estaba, cuando advertí que se habia oscurecido de repente, aunque no del mismo modo que al paso de una nube, y volviendo á mirarle hallé interpuesto un cuerpo movible y opaco, muy grande, que parecia fluctuar en el aire. Este cuerpo, suspendido segun mi calculo á dos millas de altura, me ocultó el sol por espacio de seis ó siete minutos, y como resultaba la oscuridad, no pude observarle bien; pero luego que se acercó algo más me pareció de una sustancia sólida, cuya base era plana, compacta y resplandeciente por la reverberacion del mar. Dejé al instante mi cueva, y poniéndome sobre una altura que estaba como á unos doscientos pasos de la ribera, ví

descender aquella gran mole y acercarse tanto á mí, que apenas habria una milla al medio: entonces pude descubrir con mi telescopio un copioso número de personas en movimiento que gobernaban esta isla volante á la altura que querian, aunque siempre oblicuamente.

El natural amor á la vida me inspiró cierta alegría con la esperanza de que esta aventura pudiese sacarme del triste estado en que me hallaba, al mismo tiempo que crecia mi aturdimiento de ver una especie de isla aérea habitada de hombres con ingenio y poder para subirla, bajarla y dirigirla á su voluntad. Imágeneselo el lector, pues por mí confieso que no estaba de humor de filosofar sobre tan extraño fenómeno, y así me contenté con observar á qué lado se inclinaba, pareciéndome que se habia parado un corto rato. Ya se acercó algo más, y pude distinguir muchas órdenes de galerías con sus correspondientes escaleras de trecho en trecho para comunicarse de unas á otras. Sobre la primera ó más baja vi una porcion de hombres pescando pájaros con caña, y otros asomados, cuya ocasion me pareció á propósito para llamar su atencion, haciéndoles señas con mi sombrero y pañuelo hasta que estuve más cerca que principié á gritar con fuerza, y advertí

que me habian visto por la multitud de pueblo que acudia hácia la parte donde yo estaba, bien que sin hablarme una palabra, y entre tanto subieron cinco ó seis de ellos apresurada-



mente á la cumbre de la isla, que inferí irian enviados á alguna persona de autoridad á tomar órdenes de lo que debian hacer.

El concurso de los isleños se aumentó, y en menos de media hora la isla se aproximó tanto que apenas distaria unos cien pasos de la tierra; mas sin embargo de haber esforzado mis súplicas variando de posturas, todas humildes y compasivas, tampoco recibí respuesta: solo noté que habian acudido algunos personajes, segun el primor de sus vestidos y preferente sitio que ocupaban.

Al fin uno de ellos me habló en un lenguaje claro, cortés y muy dulce, cuyo sonido imitaba al italiano, que fué lo que me determinó á contestar en este idioma, pareciéndome que su acento suave se acomodaria mejor al oido de ellos que ninguna otra lengua; y en efecto, comprendiendo mis intenciones, me hicieron señal de que bajase de la roca, que ejecuté prontamente, descendió la isla á una distancia proporcionada, y descolgando una sillita pendiente de una cadena desde la galería más inmediata, con el auxilio de una garrucha me trasplantaron arriba en un momento.

CAPITULO II.

Carácter de los laputienses. Idea de sus sábios, de su rey y de su corte. Recibimiento que hacen al autor. Temores é inquietudes de los habitantes. Carácter de las mujeres. Fenómeno explicado por los filósofos y astrónomos modernos. Los laputienses son grandes artrónomos. Cómo apacigua el rey las sediciones.

A mí arriba me ví cercado de una multitud de pueblo que me miraba con el mismo asombro que yo á ellos, siendo la primera vez que veia una casta de mortales tan extraños en su figura, modales y vestido. Ellos traian la cabeza en un continuo movimiento sobre uno y otro lado. Tenian un ojo vuelto hácia dentro y el otro mirando al cielo; sus vestidos abigarrados de soles, lunas y estrellas, y sembrados de violines, flautas, arpas, trompetas, guitarras, laudes y otros instrumentos desconocidos en Europa; rodeados de una infinidad de criados que iban prevenidos de vejigas atadas como zurriagas al extremo de un palo corto, y dentro de ellas una porcion de chinias y garbanzos muy menudos. Este era una especie de despertador con que da-

ban de cuando en cuando, ya en la boca, ya en las orejas del que tenia á su lado, sin que por entonces pudiese comprender la idea, hasta que despues supe que los espíritus de aquellos naturales están siempre pasmados y sumergidos en la meditacion; de tal modo, que ni hablan ni oyen sin el auxilio de estas vejigas bulliciosas con que los pegan en la boca ó en las orejas, segun la necesidad, para que despierten, y con cuyo destino las personas acomodadas mantienen de continuo un criado que les sirve de Monitor, acompañándolos á todas partes.

La ocupacion de este oficial, cuando dos ó tres están juntos, se reduce á dar diestramente con las vejigas en la boca del que debe hablar, é inmediatamente en la oreja derecha de aquel ó aquellos á quienes se dirige el discurso. El Monitor vá siempre al lado de su amo y cuida de tocarle suavemente con la vejiga en los ojos de rato en rato, porque sin esta precaucion su profundo letargo le expondria á caer en un precipicio, á romperse la cabeza contra un poste, á chocarse con otros en las calles ó á meterse en cualquier arroyo.

Hiciéronme subir á la cumbre de la isla para presentarme al rey, y entrando en su cuarto, ví á S. M. en su trono rodeado de per-

sonas de la primera distincion, con una gran mesa delante en que habia globos, esferas y toda suerte de instrumentos matematicos. Pero aunque mi acompañamiento hizo bastante ruido á la puerta del rey, nada advirtió, pues estaba justamente ocupado en resolver un problema, y primero que concluyó su operacion esperamos lo menos una hora entera delante de S. M. Entonces, dos Monitores que le tenian en medio, le tocaron con mucha veneracion y suavidad el uno en la boca y el otro en la oreja derecha. El rey despertó como sobresaltado, y reparando en mí y en los que me acompañaban, vino al instante en conocimiento de lo que le habian contado de mi arribo poco antes. Hablóme algunas palabras, y acercándose un Monitor á tocarme en la oreja, le di á entender que no se cansase en balde, por lo cual, tanto S. M. como todos los de su córte, formaron una alta idea de mi comprension, prosiguiendo en hacerme varias preguntas, y yo en contestarlas sin entendernos el uno al otro. De allí me condujeron á otra sala, donde haciéndome el honor de sentarse á la mesa conmigo cuatro de aquellos personajes, nos sirvieron de comer en seis platos con que cubrieron la mesa dos veces. La primera fué de un cuarto de carnero cortado en

triángulo equilátero, una posta de vaca bajo la figura de un romboide y un pouding (1) en la de un cicloide. La segunda de dos ánades figurando dos violines, salchichas y longanizas que parecían propiamente unas flautas y obues, y un hígado de ternera en forma de arpa. Los panes imitaban un cono, un cilindro ó un paralelógramo.

De sobremesa entró otro que iba de orden del rey á instruirme en la lengua del país; sacó recado de escribir, y en cuatro horas que estuvimos juntos me hizo anotar en dos columnas una gran porcion de términos con la traduccion enfrente, y me enseñó algunas frases cortitas, explicándome su sentido con demostraciones. Despues me puso delante un libro en que estaba pintado el sol, la luna, las estrellas, el zodiaco, los trópicos y círculos polares, y toda suerte de instrumentos de música, expresándome el nombre de cada cosa y los términos propios de este arte; de modo que concluida la leccion, pude componer por mí solo un diccionario muy curioso, y como tenia feliz memoria en pocos dias me hallé medianamente impuesto en la lengua laputiense.

(1) Especie de guisado que se usa mucho en Inglaterra.

La mañana siguiente fué un sastre á tomarme medida de vestido; mas no puede negarse que en aquel país ejercen este arte de distinta manera que en Europa. Tomó desde luego la altura de mi cuerpo con un cuarto de círculo, y con la regla y el compás, habiendo medido mi grosura y todas las proporciones de mis miembros, formó su cálculo sobre un papel, y al cabo de seis dias me llevó un vestido muy mal hecho; es verdad que se disculpó diciéndome que habia tenido la desgracia de equivocarse en las suputaciones.

Aquel mismo dia mandó S. M. arrimar su isla hacia Lagado, que es la capital de su reino de tierra firme, y despues á otras varias ciudades y aldeas con el fin de oír las súplicas de sus vasallos. Esta ceremonia me dió un rato divertido, pues acudiendo todos á atar sus memoriales á unas cuerdas que exprofeso habian descolgado de la isla con un pequeño plomo á su extremo, tiraron de ellas á un tiempo, y parecían otros tantos cometas en el aire.

Confieso que el conocimiento que tenia de las matemáticas me ayudó mucho á comprender su modo de hablar y sus metáforas sacadas la mayor parte de la matemática y de la música, que tambien tengo mi poquito de músico.

Todas sus ideas están concebidas en líneas y figuras, y hasta su misma galantería de estilo es toda geométrica. Si, por ejemplo, quieren alabar la hermosura de una doncella, dicen que sus blancos dientes son unos hermosos y perfectos paralelogramos; que sus cejas son unos arcos hechiceros ó la más bella porción de un círculo; que sus ojos forman un eclipse admirable; que su garganta está decorada de dos globos asintóticos, y así de lo demás. El seno, la tangente, la línea recta, la línea curva, el cono, el cilindro, el óvalo, la parábola, el diámetro, el radio, el centro, el punto, son entre ellos términos familiares en el lenguaje de amor.

Sus casas están muy mal construidas, porque allí desprecian la geometría práctica como una cosa vulgar y mecánica. Son matemáticos para la especulación, y no para la utilidad pública. No ví jamás pueblo tan nécio, simple y mentecato para todo lo que mira á las acciones comunes y gobierno de la vida. Su espíritu es bajo, grosero, inepto y pesado, sin cultura ni educación, de modo que cualquiera los tendrá por fatuos.

Muchos de ellos, especialmente los que se aplican á la astronomía, dan en la astrología judiciaria, aunque no se atrevan á confesarlo

en público; pero lo que más me admiró fué su inclinacion á la política y amor á las novedades, carácter que los liga á estar hablando siempre de los negocios de Estado, y los introduce francamente á dar su voto sobre cuanto pasa en los gabinetes de los príncipes. No he dejado de notar frecuentemente lo mismo en nuestros matemáticos de Europa, sin haber podido llegar á apurar todavía la menor analogía entre la matemática y la política, á menos que supongan que así como el círculo más pequeño consta del mismo número de grados que el más grande, así también el que sabe discurrir sobre un círculo trazado en un papel, puede hacerlo igualmente sobre la esfera del mundo. ¿Pero no será más bien este defecto natural de todos los hombres que ordinariamente se complacen de hablar y discurrir sobre todo aquello que menos entienden?

Otra rareza de aquel pueblo es el sobresalto en que continuamente viven, aprendiendo en su imaginacion la alteracion de los cuerpos celestes, aprension que jamás turbó el sosiego de todo el resto de los mortales. Por ejemplo, temen que la tierra, no pudiendo sufrir las continuas aproximaciones del sol, sea algun dia devorada por las llamas de este astró terrible; que

esta antorcha de la naturaleza se vaya amortiguando poco á poco con su pavesa y deje de alumbrar del todo á los hombres; que el esperado cometa que, segun su cálculo, debia aparecer dentro de treinta años sacudiendo su cola sobre la tierra, la confunda á rayos hasta reducirla á cenizas. Y recelan también que el sol, á fuerza de repartir sus rayos á todas partes, se consuma al fin y pierda toda su sustancia. Hé aquí los ordinarios temores é inquietudes que les quitan el sueño y los privan de toda suerte de placeres, por cuya causa, luego que se ven por la mañana, se preguntan unos á otros qué noticias tienen del sol, cómo se halla, en qué disposición se puso y volvió á salir, etc.

Las mujeres de esta isla son muy vivas, desprecian á sus maridos y gustan mucho de los forasteros, de que hay siempre un gran número que sigue á la corte, y entre los cuales eligen sus galanes las damas de calidad; pero lo más odioso es que abusen impunemente de la distracción de sus maridos en su propia presencia, pues embelesados continuamente en sus especulaciones geométricas ni ven ni oyen, á menos que esté allí el Monitor con sus vejigas.

Madres é hijas todas viven con suma desazon por verse aisladas en un lugar determinado,

aunque el más delicioso del mundo, y ellas colmadas de riquezas y ostentacion. No contentas con poder correr libremente la isla entera se consumen de ansia por visitar el orbe todo y pasar á la capital, que les está prohibido sin permiso especial del rey, y no es fácil de lograr, porque los maridos experimentan mayor dificultad en hacerlas volver. Allí oí contar que una señora principal de la corte, casada con el primer ministro, gallardo jóven que la amaba ciegamente, habia pasado á Lagado con el pretexto de restaurar su salud, y habiendo desaparecido fueron á buscarla de orden del rey, y al cabo de bastantes meses la encontraron en el más lastimoso estado metida en una pocilga, desnuda enteramente por mantener á un lacayo viejo y horroroso que la apaleaba diariamente. Sacáronla de aquella miseria por más que lo resistió para llevarla á su casa, donde la recibió su esposo con mucho agrado y dulzura sin hacerla la más pequeña reconvencion acerca de su conducta; pero á pocos dias desapareció otra vez con todas sus joyas y pedrería para ir á buscar á su digno galan, y no se ha vuelto á saber de ella.

El lector tomará acaso todo esto por una historia europea ó determinadamente inglesa. Yo

le ruego considere que los caprichos de la especie femenina no se limitan á una sola parte del mundo ni á un solo clima, sino que en todas partes son los mismos.

Obtuve licencia del rey para ver las curiosidades de su isla con orden de que me acompañase uno de sus cortesanos, y siendo mi principal objeto instruirme de qué principio natural ó del arte dependia esta variedad de movimientos, voy á dar al lector una relacion exacta y filosófica.

La isla volante es perfectamente redonda, su diámetro de siete mil ochocientas treinta y siete medias toesas, esto es, cerca de cuatro mil pasos, y por consiguiente contiene diez mil acres (1) á corta diferencia. Su profundidad es de ciento cincuenta toesas. El suelo ó superficie inferior, segun parece mirada desde abajo, es como un dilatado diamante pulido y cortado en forma regular, que hace reflectar la luz á cuatrocientos pasos. Encima tiene muchos minerales situados por el orden general de las minas, y además un terreno fértil de diez ó doce piés de profundidad.

La inclinacion de las partes de la circunferen-

(1) Acre, medida francesa.

cia hácia el centro de la superficie superior es la causa natural de que todas las lluvias y rocios que caen sobre la isla vayan en pequeños arroyos al medio, donde se recogen en cuatro famosos estanques, cada uno de casi media milla de circunferencia, que están á doscientos pasos de distancia del centro de ella; y como esta agua es atraida y exalada continuamente por el sol durante el dia, nunca se experimentan inundaciones: á más de que estando en la mano de aquel monarca el levantar su isla sobre la region de las nubes y vapores terrestres, puede evitar que caiga en ella la lluvia y el rocío quando quiere. Esto es lo que no puede hacer ningun potentado de Europa, que sin depender de nadie, dependen siempre de la lluvia y de la serenidad.

En el centro de la isla hay un agujero como de veinticinco toesas de diámetro, por el cual bajan los astrónomos á una especie de bóveda que por esta razon es llamada *Flandona Gagnolé* ó *la cueva de los astrónomos*, situada á la profundidad de cincuenta toesas por bajo de la superficie superior del diamante. Están luciendo incesantemente en esta cueva veinte lámparas, que por la reverberacion del diamante reparten una gran luz á todos lados, y todo su adorno consiste en sextantes, cuadrantes, telescopios,

astrolabios y otros instrumentos astronómicos; pero la mayor curiosidad y de donde depende la suerte de la isla, es una piedra iman de prodigiosa magnitud, labrada en figura de lanzadera: tiene tres toesas de largo, y en su mayor grosura no baja de toesa y media. Este iman está suspendido de un grueso eje de diamante que pasa por el medio de la piedra, sobre la cual juega tan ajustadamente, que la mano más delicada puede hacerle dar vueltas. Le rodea un círculo de diamante tambien redondo y cóncavo al modo de un cilindro hueco, el cual tiene cuatro piés de profundidad, mucho más de grueso y seis toesas de diámetro, y está colocado horizontalmente y sostenido por ocho pedestales todos de diamante de tres toesas de altura cada uno. Del lado cóncavo del círculo hay una mortaja de doce pulgadas de profundidad, y en ella descansan las extremidades del eje, que voltea cuando es menester.

No hay fuerza que alcance á dislocar la piedra, porque el círculo y sus piés con el cuerpo del diamante que hace la base de la isla, es todo una pieza.

En la virtud y uso de este iman consiste que la isla suba ó baje, ó mude de lugar; pues con respecto á aquella parte de la tierra en que pre-

sida el príncipe, está dotada la piedra en uno de sus extremos de un poder atractivo, y en el opuesto de un poder repulsivo, de suerte que mandando volver el iman hácia la tierra por el polo amigo la isla baja, y volviéndole por el polo enemigo sube la isla: estando oblicua la posicion de la piedra el movimiento de la isla es igual, porque en este iman obran siempre las fuerzas en línea paralela á su direccion, y de este mismo movimiento oblicuo es del que se valen para conducir la isla á diferentes parajes de los dominios de S. M.

El gobierno de la piedra está al cargo de ciertos astrónomos, que á su tiempo la dan el movimiento y direccion que el rey ordena. Estos astrónomos pasan la mayor parte de su vida en contemplar el cielo y observar los astros por medio de telescopios algo mejores que los nuestros. Así es que han hecho bastantes descubrimientos más que nuestros matemáticos de Europa: han conseguido percibir distintamente diez mil estrellas fijas, mientras que nosotros, infelices europeos, apenas hemos podido descubrir cinco mil; han logrado la fortuna de distinguir claramente alrededor del planeta Marte dos pequeños satélites, de los cuales el más próximo á nosotros dista del centro del planeta

exactamente el triple de su diámetro, y el más elevado está á la distancia de un quintuplo. El primero acaba su revolucion en el término de diez horas, y el segundo tarda veintiuna y treinta minutos (cosa admirable y curiosa); de manera que comparado el tiempo de su revolucion con su distancia del centro del planeta, se manifiesta evidentemente que estos satélites siguen la misma ley de gravitacion que los demás cuerpos celestes. Y en fin, ellos han observado además noventa y tres cometas diferentes, calculando su carrera con una exactitud envidiable. ¡Oh! ¡Cuánto debiéramos desear que nos diesen parte de sus admirables observaciones! ¡Qué ventajas no sacaría la Europa! ¡Qué progresos no haríamos en el importante estudio de los cometas, siendo así que estamos tan atrasados en una materia de tanto interés!

El rey sería el príncipe más absoluto del universo si pudiese empeñar á sus ministros en una ciega condescendencia; pero teniendo estos sus haciendas abajo en el continente, y considerando que el manejo de los negocios es pasajero, se guardan bien de perjudicarse á sí mismos, olvidando la comodidad de sus compatriotas.

Si alguna ciudad se subleva ó se resiste al pago de los tributos, tiene el rey dos medios de sujetarla. El primero y más moderado, es parar su isla encima de los rebeldes y sus tierras vecinas para privarlos del sol y del rocío, cuya falta les ocasiona enfermedades y una gran mortandad; pero cuando el delito lo merece los hunde á pedradas, y no muy flojas, desde lo alto de la isla, sin dejarles otro refugio que el de encerrarse en sus cuevas ó bodegones, donde pasan el tiempo en beber fresco mientras los techos de sus casas se van cayendo á pedazos. Si temerariamente prosiguen en su obstinacion y levantamiento, entonces recurre el rey al último remedio, que es dejar caer su isla á plomo sobre ellos y acaba de un golpe con casas y moradores. Sin embargo, rara vez procede á tan terrible extremo, que los ministros tampoco se atreven á aconsejarle, porque un proceder semejante los haria odiosos al pueblo, y además les tocaria su parte, teniendo como se ha dicho sus haciendas en el continente, que la isla pertenece enteramente al rey, pues no tiene otras posesiones.

Pero aún hay otra razon más fuerte, que siempre ha detenido á aquellos reyes para determinar el último castigo, no siendo la nece-

sidad absoluta, y es que si la poblacion que pretenden destruir está situada al pié de algunas elevadas rocas (que no faltan en el país, como en Inglaterra, á la inmediacion de las principales ciudades edificadas exprofeso en tales sitios), ó si abunda en campanarios y chapiteles, la isla real padecería en su descenso que sería lo más terrible, y el pueblo no lo ignora, habiendo observado que aun cuando S. M. está más indignado, siempre hace bajar su isla muy serenamente como para escusar la total destruccion de él; más los filósofos opinan que si sucediera tal fracaso, el iman no podría sostenerla despues y daría en el suelo.

CAPITULO III.

El autor deja la isla de Laputa para bajar al país de los Balnibabas. Su arribo á la capital. Descripcion de esta ciudad y sus contornos. Es recibido con agasajo por un personaje principal.

Aunque no pueda decir que me fuese mal en aquella isla, lo cierto es que me veía aburrido y en algun modo menospreciado, no tratándose allí de otra cosa que de la música y matemáti-

cas, en que á la verdad me llevaban grandes ventajas y no debo quejarme por esto del poco aprecio que de mí hacian.

Por otra parte, luego que acabé de examinar todas sus curiosidades, principiaron á molestarme aquellos habitantes aéreos, y deseaba dejarlos. No puede negarse que ellos sobresalen en ciencias que estimo sobremanera y de que no me falta alguna tintura; pero viven tan arrobados en sus especulaciones, que jamás me vi en más triste compañía, precisado á tratar únicamente con las mujeres (buena conversacion para un filósofo marino), los artesanos, los Monitores y otras gentes de esta clase, que contribuía no poco á que me mirasen con mayor desprecio, sin poderremediarlo, porque los demás no me hablaban nunca; ¿luego con quién había de tratar?

Residia en la corte un personaje favorito del rey que por sola esta razon era respetado, mediante que no tenía oído para la música ni sabía echar el compás, sobre no haber podido aprender en su vida los rudimientos más fáciles de las matemáticas, segun decian, y en concepto de todos pasaba por un ignorante y demasiado estúpido, aunque no le negaban su integridad y honradez. Este señor era el único que